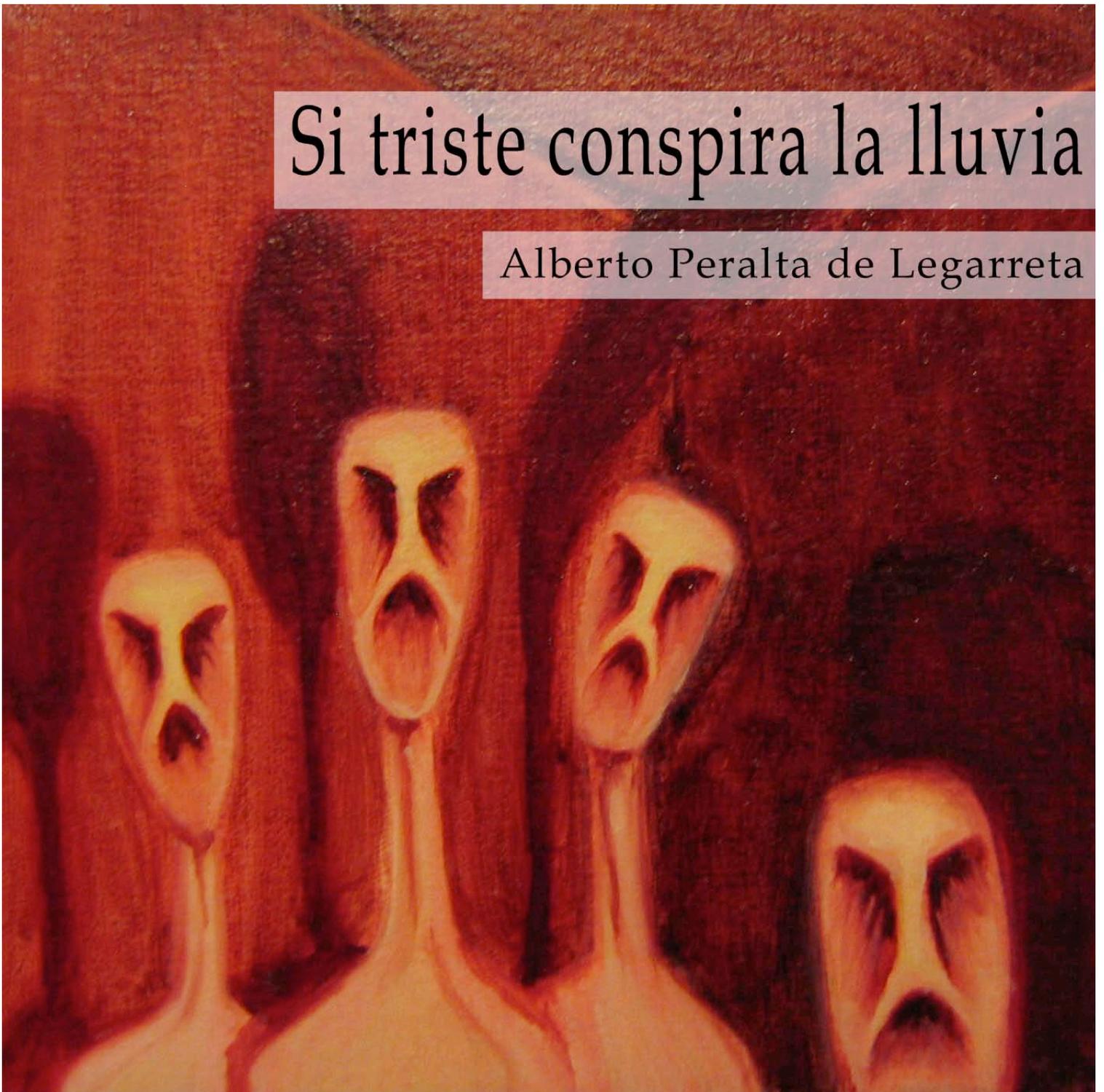


Si triste conspira la lluvia

Alberto Peralta de Legarreta



2005 ® Alberto Peralta de Legarreta

La reproducción de esta obra se permite
bajo las condiciones establecidas por *Creative Commons*



Consulta la última página para conocer esta licencia.

En portada: Vigilantes. Óleo sobre tela 22 X 22 cm. por Diana Rivas Martínez.

*Nuestro amor es triste
Como una orquesta en la luna*

Eugenio Tisselli

- II -

Era sólo viento lo que peinaba sin mucho acierto la tarde en que sus cuerpos se encontraron. La habitación tibia, con persianas entreabiertas y velas de luces tambaleantes. El mundo afuera, en absoluta conmoción, guarda silencio o tal vez sólo se hace a un lado para no convertirse en cómplice. Debajo de las sábanas oscuras se puede adivinar el cuerpo herido de Psygi, que así le dice Él sin entender bien por qué, dibujado en completa calma y con su cabello derramado sobre la almohada demolida. Él, desnudo sobre las sábanas, no puede cerrar los ojos a pesar del cansancio. No sabe si es por asombro o por simple remordimiento, pero en el fondo sabe que no puede, no quiere arrepentirse de nada. Más allá de la ventana se tiende un cielo inquieto en el que la luna lucha por mantenerse visible. Algunas nubes que aprovechan la llegada de la oscuridad han comenzado a esparcirse con lentitud, casi a escondidas, tiñendo el fondo de gris antes de que se vuelva negro. Podría decirse que temen alguna cosa, murmura Él, tratando de no despertarla, pero es inútil. Psygi sólo parece dormida y durante estas horas ha estado mirando también por la ventana, sintiendo que el avance de la niebla entre los edificios tiene el mismo ritmo de su respiración. Lloro sin poderlo evitar y sus lágrimas son la causa de que la tarde, al morir, se vea mucho más brumosa de lo que es. Entre los dos apenas serían capaces de comprender que el mundo puede ser visto de una forma diferente a pesar de verlo desde el mismo lugar. Psygi le contesta con ese murmullo que es silencio, y no tiene duda de que será escuchada.



No hablan tampoco las estrellas. Es sólo la niebla que hace horas rueda sobre los empedrados la que apenas rezonga, llevada por un viento de presagio. Innumerables sombras la atraviesan casi corriendo, cubriéndose con lo que pueden. Son rostros en los que nadie sería capaz de adivinar algo que bien pudiera ser enojo, tal vez sólo prisa o fastidio, quién sabe si no también angustia. Nadie lo sabrá nunca, pues de todos modos no hablan. Pareciera que el aire les hubiera arrebatado las palabras, dejándolas tendidas en la copa agitada de los árboles. El cielo es ahora negro y no es sólo porque ha llegado la noche, sino porque de pronto se ve ocupado por otras nubes de aspecto amenazante. Cientos de automóviles se mueven sin notarlas siquiera, ocupados como están en rasgar la oscuridad con sus luces en un plano mucho más horizontal y terrestre. Pero hay un algo que percibe todo entre la bruma, y con esos ojos que apenas se quejan, que parecieran estar viendo caer letras en vez de gotas, mira hacia las alturas donde una ventana se distingue, encendida pero apenas iluminada. A esos ojos los acarician las gotas impalpables que expelen el silencio; no parpadean ni en medio de las ráfagas del frío que se avecina, estando como están a la espera de que algo suceda. Tras minutos que se hacen horas, lo que encuentran es solamente un escalofrío producto de la decisión de comenzar a caminar a ciegas, absortos por calles y calles que, húmedas, no harán otra cosa que alojarlos.



La voz es ahora de Psygi, que sigue sin hablar y se pregunta qué sería de las ciudades, de los inmensos abismos, sin ventanas. Es ella quien al pensarlas da a luz a esas pequeñísimas gotas de humedad que están comenzando a condensarse en el cristal sin el menor atisbo de prisa. Con este alumbramiento llega también una música que parece lejana, un difícil de percibir y rítmico tabaleo que canta con divina paz el posarse del agua sobre incontables cristales y cabezas. Si Psygi pudiera ver las calles, su calle, vería todo por

duplicado y su vértigo tendría dificultades para mostrarle a dónde caería, si al reflejo o a la realidad. Pero ella permanece seca y a cubierto sobre la cama, que es su realidad por deshabitada y fría que esté. Él hace rato que miró el reloj y le besó la frente y los labios antes de salir por la puerta con una mirada insuficiente que quiso hacer pasar como disculpa. Psygi decidió sentir sólo lo que quiso. De todas maneras se iba a ir, pensó, y se movió un poco para hacerle notar que se daba por enterada mientras se acurrucaba entre las sábanas rojas que delataban un asesinato. Porque la noche, y algo de los dos, estaba agonizando como en cada partida que nunca era definitiva. Algo que la lluvia en su escurrimiento sobre la ventana parecía saber; contagiada por las luces traseras de un auto huyendo a toda prisa, también era roja.



Entonces el día no existe. Sólo *son* aquellas cosas que pueden verse, tenerse y sentirse. Pero eso no pasa de día, como no pasan las horas aunque pasen y como la luz puede irse sin ser sentida jamás. El caminar de Psygi es como un arrullo al que no se le ve rumbo o destinatario. Tiene la cabeza puesta en millones de cosas, y aunque lo desea, evita creerse pensada por Él. No vaya a ser que esté equivocada y que lo único real sea todo aquello a lo que no le pone atención mientras camina o espera el cambio de luz, de rojo a verde. La ciudad no está despierta porque ella no lo desea, porque en realidad no le ve el caso a moverse entre calles demandadas pero jamás notadas, o detrás de ventanas que siempre mirarán, por ceguera del usuario, hacia el mismo, desolado lugar. Psygi no hace existir el día porque no ha encontrado un lugar para habitarlo, un lugar en el que deje de ser sólo ese objeto invisible del que se puede prescindir. Y Él, que comparte a veces sus tardes y parte de sus noches, sólo aparece con la ausencia de luz. Él Podría *ser*, pero sólo lo es a medias. Su espera por la noche que lo hace real lo tiene casi siempre impaciente pero no ha podido

hallar el modo para hacer que las largas horas del día apresuren el paso y lo lleven hasta Psygi. Dos almas se mojan brevemente una en la otra, como enviadas del cielo por un milagro, lentas e imperdonablemente conscientes.



Es como si nadie debiera verlos juntos, como si hubiera necesidad de esconderse. Sus pasos discurren juntos haciendo apenas ruido sobre la tierra húmeda de una vereda desierta en la que ninguna planta ha perdido la oportunidad de crecer lo suficiente para encontrarse con otra y formar, cada que es posible, un techo de entramado indescifrable sobre el camino. Entre los agujeros de ese pasaje precario Psygi descubre una luna amarilla y envuelta en los aros de un transparente arco iris, asomada con descaro a su piel blanca.

—Dios mío— dice, suspensa y con las cejas enarcadas hacia el cielo que la espiaba sin su consentimiento.

—Dios tuyo— dice Él, convencido hace siglos de que no hay más dios que la dueña de esos ojos absortos cuya piel se viste de luna cada noche.

Y no hay más palabras. Decirlas sería lo mismo que admitir que son un par de sordos a tientas por un lugar oscuro que no les pertenece. Pero todo el entorno, esas diminutas barrancas de piedra negra, los arbustos espinosos y el inmenso cerro artificial de piedras amontonadas, es suyo sin siquiera haberlo reclamado. Entre las flores y las gotas que sin aviso han comenzado a caer los dos han aprendido a escucharse como en el encierro, donde el silencio se asemeja tanto al beso como al frote de sus pieles.

Nadie los ve pero algo los observa. Al menos eso es lo que siente Él, que inseguro voltea a uno y otro lado a la espera de ese ruido delator como de páginas que pasan, o quizás con la esperanza de sorprender alguna orilla de sombra que no hubiera alcanzado a esconderse a sus espaldas. Psygi ha dejado de ver la luna y ha recargado la cabeza sobre el

hombro, mirando a su alrededor con calma como si su cabello se lo permitiera. Se diría que se ha quedado dormida, pues tiene los ojos entrecerrados y apenas se percibe su respiración. Su piel palidece y entonces es posible notar que hay algo que la acaricia. Algo que no es Él pero que ella quisiera que fuera Él. De cualquier forma, parece ser que ese algo también debe irse de pronto, como si su continuo parpadeo interrumpiera algo, escurriéndose bajo la cara de foto vieja que ha puesto el cielo, de pronto sollozante. A lo lejos han comenzado a verse algunos de sus quejidos luminosos que hacen estremecer la sombra lejana de las montañas y la terrible cercanía de los edificios. Eso que acariciaba a Psygi y que Él había creído sentir acechante en cada paso no es ya sino un calmo airecillo que transporta en sus galeras el estruendo de los relámpagos en el horizonte. En completa penumbra, y recordando su posible sordera, Él aprovecha para mirar furtivamente su reloj en medio de una de esas luces repentinas. En vez de eso lo que encuentra son los inundados ojos de Psygi, y éstos, bajo esa miríada de finas gotas que hacen poco para esconder su angustia, sólo pueden estar diciendo una cosa.

—Dios tuyo— contesta Él mientras toma su mano y la conduce de nuevo hacia los lisiados laberintos de concreto.



Psygi dice su nombre cuando Él no está mientras Él no hace otra cosa que pensar en el fin del día. Espera por largas horas la llegada de otras pocas horas fugaces y se pregunta cómo sería la velocidad de su vida si como a ese compañero suyo en el escritorio de al lado de pronto le dieran ataques incontrolables de risa. Reírse de nada y por nada, así, nada más porque sí, en vez de estar mirando siempre el reloj. Quizás una vida a carcajadas pasa más rápido, piensa Él sin lograr contagiarse de aquella risa imprevisible que lo inunda todo de repente, incapaz ya de sorprender a nadie. Una especie funcional de loco, sigue pensando Él,

al que cualquier cosa le parece de pronto atrocemente feliz y al que nada le hace sentir prisa. Un desadaptado a quien puede que le espere una noche divertida, doblado de risa a la orilla de la cama en una habitación con apenas dos o tres cosas colgadas en las paredes y la sensación maravillosa de no tener que pedir cuentas a nadie por aquello que no le hace gracia. Con seguridad ni siquiera notará que llueve, con insistencia y lentitud, tras la ventana empañada. Quién sabe si no cada gota es para él un pretexto para revolcarse sin aliento en una risotada eterna que lo deje exhausto para la noche. *¿Será que un loco que no sabe que en ocasiones es feliz es mejor que un cuerdo tiranizado por el tiempo y por aquello que, a pesar de tener, considera sin duda imposible?* No hay respuesta, y a pesar de todo, Él aún no logra sentir arrepentimiento. Tal vez Psygi ni siquiera sepa lo que es eso; de todos modos ella se pone cada atardecer esa cara de asombro feliz para recibirlo, sonriente o no pero totalmente empapado, diciendo su nombre.



Aellos no les importa nada, ni siquiera esa antigua forma de llorar. Porque el de Psygi era un llanto que desafiaba todas las modernidades; lejos de permanecer privado y discreto parecía salir como de la garganta de un desbarrancado, de alguien a quien se le ha arrancado la piel sin piedad. En medio de los sollozos que llenaban por completo la frágil oscuridad de aquella habitación poco minutos antes en llamas, hubiera sido imposible sospechar que afuera el cielo amenazaba con desplomarse. Las lágrimas habían iniciado largas horas atrás, cuando en la cama sus pieles apenas estimaban que era un buen momento para tocarse. El de Psygi era, pues, un llanto que nada tenía que esconder ni hubiera sabido cómo hacerlo. Y para no tener que hacerlo, encendió una vela olvidada hace siglos en un rincón y se puso a imaginar esa sonrisa ausente que prefirió dormida.

¿Qué horas son éstas que dejan de sonreír? ¿Qué clase de momentos son esos, los suyos, que no hacen

otra cosa que esperar? ¿Y yo, qué clase de estúpido que sólo pregunto, siempre? Estas son las cosas que a Él lo hace decir la luz.



Una de las historias recurrentes de Psygi, la que Él jamás escuchó completa, tiene que ver con su teoría de los ángeles. Cuando hablan del infierno se les consumen las horas y terminan aceptando que cada quien puede tener una visión diferente y que es imposible el acuerdo. ¿Quién querría tener el mismo infierno que alguien más? Se pregunta Él, que sólo puede imaginarse el aburrido infierno que le enseñaron a temer, con sus llamas y su sed insoportable. Es cierto, a veces llegó a pensarlo también como un lugar donde los condenados parecen amarrados, inmovilizados sin remedio y forzados a escuchar la canción más odiada de sus vidas mortales, una y otra vez, por toda la eternidad. El odio lleva al infierno, cree Él, y por eso ha decidido callar sus odios en un intento bastante vacío de engañar a dios o al ángel de las profundidades. Sí, Él también imagina ángeles terribles, pero tiende a construirlos basándose en las renegridas pinturas de los templos o en las películas, de modo que ni sus propios horrores y temores son realmente suyos. Ella, por el contrario, habla de cielos e infiernos como si fueran una misma cosa. Hay en el cielo, murmura Psygi alguna noche, muchedumbres que se arremolinan alrededor de una puerta minúscula. Con alas o sin ellas, sin plumas y hasta con escamas, todos son ángeles y están mojados. Su esperanza de salir ha sido bañada infinitas veces por una lluvia incesante que apenas se puede entender, pues estando en el cielo, de donde usualmente caen las lluvias, ni siquiera ellos son capaces de adivinar qué cosa es lo que mantiene aquella tormenta inacabable, o de dónde podrá venir. Los ángeles de Psygi miran hacia arriba y a veces sólo ven estrellas, por lo cual ha corrido entre ellos el rumor de que o Dios se ahogó en sus propias lágrimas hace cientos de eternidades y no habrá quien apague el torrente que los empapa, o que están ante un

milagro por el cual no llueven estrellas desde el negro vacío sino sólo sus tristes almas líquidas. Como sea, este cielo tiene para Psygi un ligero parecido con su infierno. De ese lugar, que ella se niega a localizar en los abismos ígneos de la tierra por el simple hecho de ser un lugar común, los ángeles tratan también de salir. No tienen, sin embargo, ansias de escapar, pues saben que para eso fueron creados. Psygi explica que escapar del infierno no sería difícil si no fuera porque estos ángeles, que son los más hermosos de todos, en ocasiones han dejado pedazos de sus cuerpos tirados por ahí, quedando baldados e incompletos en los extensos lodazales del infierno. Psygi se ha soñado ahí y no recuerda haber sentido el tan espantable ardor que le habían anticipado. Más bien lo que ahí reina, el demonio de demonios, es la humedad y su triste olor a abandono. Desierto desde hace siglos, el infierno de Psygi está lleno de voces mudas y marchitas. Los ángeles sin culpa yacen esparcidos por las llanuras negras, donde sus cuerpos blancos y color piel, de ojos a veces tan irreales de tan perfectos, asoman sus brazos y cabezas a medio hundir, quietos como si hubieran sido congelados. No sufren un castigo sino tan sólo la naturaleza de ese lugar, y así permanecen olvidados en altísimas montañas de despojos apilados que se miran uno al otro, una a la otra, estáticos e incapaces de derramar lágrimas, pues no saben si acaso aquello es la tristeza.

Cuando Él oye a Psygi hablar de su infierno la surgen infinidad de preguntas que no se permite dejar sin respuesta. Por eso la increpa con cosas como qué clase de infierno es ese que no castiga y por qué diablos está lleno de ángeles. Psygi lo mira con una calma infinita mientras le acaricia los ojos y le besa los párpados con una sonrisa que Él nunca ha podido ver. Le explica que a ese infierno sólo se puede ir en sueños donde quien sueña es uno de esos ángeles desvalidos, y que el sufrimiento de esa impotencia es por si mismo una señal de que el infierno existe. Psygi soñó con este lugar desde muy niña, cuando alguna vez le preguntó a su madre a dónde iban a parar los maniqués al ser quitados de los aparadores y ser sustituidos por otros, igual de dóciles y resignados. Los ojos acuáticos de la madre de Psygi acudían siempre con respuestas incompletas que no saciaban su curiosidad. Fue así

como por las noches, mientras escuchaba los truenos y sentía el cimbreo de los relámpagos en la ventana, imaginó un lugar temible donde aquellos seres sin alma eran abandonados sin misericordia. Sin que ella fuera capaz de comprender por qué, esos ángeles caídos solían conservar sus sonrisas, que ningún tiempo habría de borrar. Al caer dormida, el peor temor de Psygi era despertar entre brazos sin cuerpo, torsos desnudos y sexos indefinidos. Aquellos, insistía, debían ser ángeles venidos a menos, olvidados por su indecente creador. Y ella temía la idea de ser abandonada, por quién sino por Él, cuyas manos habían dado forma a su cuerpo tantas tardes y noches, creándola, dándole vida en eso que ella creía oscuridad pero que sólo era más lluvia, el inicio de una torrencial tormenta que amenazaba con dejarla rota, desperdigada como un ángel atrapado en la cúspide de un tornado, lejana y con su voz en el extravío tras escuchar que la puerta se cerraba dejando del otro lado a alguien que se movía como renunciando a sus pies, tal vez volando como un ladrón de almas dispuesto a lavarse las manos con agua de aquel cielo.



Aquel alba, en medio del silencio de los ángeles implumes que Psygi crea sin querer cada que el cielo confunde sus inaudibles murmullos con oraciones, estalla a franjas sobre su piel pálida. Él resiente de inmediato el contacto tibio del sol y trata de evitarlo sabiéndose un ser de tinieblas, pero es tarde; la habitación completa está envuelta en esa luz azul e indecisa con que suele dar forma la lluvia a los amaneceres sigilosos. Las murmuraciones de Psygi sonaban a lo mismo cada noche, pero ahora esa luz le permitía adivinar que eran sonrientes. No es que otras veces no lo fueran. De hecho, a Él le gustaba creer siempre que aquellas letanías eran de algún modo felices, pero nunca tuvo el valor ni la visión nocturna necesarios para comprender los gestos de Psygi. La felicidad era algo a lo que Él tampoco había sabido hallarle forma, al menos no a esa especie de felicidad

momentánea de la que Psygi parece ser siempre la artífice; y esto, a pesar de estar sucediendo en una madrugada dispuesta a convertirse en mañana, bajo el calor inusualmente prolongado de las sábanas, sumido en la calma voz susurrante de Psygi y el imperdonable abandono, es felicidad. La de la inconsciencia y el despertar.

Psygi en realidad no le reza a nadie, y menos a Él, que está muy lejos de ser un santo. Lo que hace es contarle historias en las que la lluvia casi siempre es culpable de algo. Él la contempla y no sabe nunca cuánto tiempo pasa. Le gusta ver su boca en movimiento y sus ojos parpadeando como un par de mariposas negras que están por echarse a dormir. Le gusta también esa voz que parece aire escapando de una rueda pinchada, pues se imagina que el aire está poblado de sueños de todas partes, y que con sólo oírlos podrán ser suyos por el corto rato que duerma antes de tener que salir a hurtadillas. Por su parte, ni el cansancio ni la falta de aliento han podido robarle jamás las historias a Psygi. Esta noche el único peligro que ella ve, uno que quizás pudiera impedir que continúe sin descanso, es la incómoda sensación de ser observada. En completo silencio, pero sin dejar de murmurar como si de un arrullo se tratara, Psygi revisa cada rincón de su propia habitación. Mira debajo del edredón rojo, donde sólo encuentra, sin duda con premeditación, los pies de Él; inspecciona el pabilo de las velas que ya consumieron sus esencias pero aún se atreven a alumbrar un poco, y convencida de que eso que los acecha no está ahí dentro, siente miedo de acercarse a la ventana, donde el agua en su continuo oleaje vertical lava los cristales con locura insistente. Él sigue dormido. Siente los dedos de Psygi, sus uñas, hundirse en su cabello y surcar su carne, sensación que para Él es lo más parecido a la súbita falta de fuerzas que experimenta cada vez que junta su cuerpo con el de ella y llegan, a gritos, hasta el olvido de si mismos.

Y ahora este sol mortecino es el que lo acaricia y lo deslumbra. El mismo que le hace estar consciente del cuerpo suave y palpitante que lo abraza, cubriéndolo con su cabello rojo y ensortijado y contando historias que son apenas el silbido de un barco en un mar que hace horas debió terminarse, precipitándolos a los dos como en una catarata al consabido y siempre prematuro adiós que esta vez no llegó. Al abrir por completo los ojos, lo que ve son

los ojos de Psygi. Sorprendido, sus oídos despiertos escuchan el final de una historia larguísima. La lluvia seguía azotando los cristales, y de acuerdo con aquellas palabras murmuradas, era a la tormenta a quien se debía que ambos estuvieran presos, asustados y libres de toda culpa.



Psygi escribe *Nunca te acostumbres a mi* en algo parecido a un diario, y no es posible saber si sus palabras están dirigidas a ese papel que comienza a llenarse de garabatos, o se lo dice a Él, que la observa desde la cama sin la menor intención de desvestirse esta vez ni de dejarse atrapar por el sueño traicionero que otras veces ha traído el cansancio.

El diario está lleno de frases que podrían ser célebres. Frases invisibles por mudas; irreversibles por haber sido escritas, aunque nunca vueltas a leer. Sin que ninguno de los dos se atreva por completo a aceptarlo, lo que esa tarde se siente en el encierro no es otra cosa que miedo a lo desconocido. Ni Psygi ni Él saben lo que dice aquel vacío que los separa o la lluvia afuera que en su estrepitoso suicidio arrastra el polvo y las hojas asesinadas de los árboles. De alguna forma intuyen que es la misma lluvia la que esa noche los mantiene juntos y que mientras dure no tendrán que separarse, aunque también saben que pueden estar equivocados. Lluvias menores los orillaron infinitas veces a buscar refugio en sus cuerpos, sobre o bajo las sábanas de la cama diminuta de Psygi, donde el frío compartido se convertía poco a poco en una tibieza igualitaria. En ese lugar, en ese hueco creado por ellos, no existía posibilidad de tener miedo, porque en realidad una vez ahí dentro no existía siquiera el mundo. La cama de Psygi, que Él sólo por accidente había logrado sentir suya alguna vez, era el lugar donde todo se engendraba. Igual que la de Dios, su creación carecía por completo de conciencia. Cuando llegaba el roce de sus pieles todo alrededor de ellos se desplomaba para volver a ser inventado y era como un caldero cuyo contenido comenzaba a hacer ebullición en mitad de un mundo caído y desierto. Era por eso que los dos sentían en un momento

como si un viento hecho de tela les permitiera respirar donde antes no había aire, y que sus cuerpos sintieran por breves minutos la selva húmeda que para ellos habían construido todos esos gritos contenidos. Afuera la lluvia podía caer y formar mares enteros, ríos destructores e infernales sobre las calles, pero ellos tenían ya una tierra flotante que los mantenía ajenos y a salvo del cataclismo.

—Nunca te acostumbres a mí— fue lo que Él creyó escuchar sin que a la luz de las velas alcanzara a ver el movimiento de los labios de Psygi. Convencido de que eso era otro de sus murmullos, por varios minutos Él no hizo más que mirarla, tal vez con la esperanza de que le aclarara aquella frase intrigante y fuera de lugar, pero Psygi no parecía querer decir más. Quizás, pensó Él, lo que sucede es que no puedo escucharla en medio del ruido atroz del viento y el granizo que están por romper la ventana, o puede ser que todo este artificio de las llamas de las velas me haya engañado justo en los momentos en que menos lo necesitaba, o que la conjura de las dos cosas me haya hecho oír y ver lo que nunca estuvo ahí. Pensándolo bien, ni siquiera le había sido posible reconocer en aquella advertencia la voz sedosa a la que Psygi lo tenía acostumbrado. Y a Él ni siquiera se le había ocurrido la idea de acostumbrarse, porque en aquella creación a Él le parecía que todo era tierra nueva y por descubrir, y lo único verdaderamente predecible era su imperiosa necesidad de salir corriendo cada noche, como un cobarde si era necesario, hacia las calles y otros lugares conocidos donde la realidad no fuera tan increíble.

Psygi lo mira y su rostro se enciende de rojo por una especie de dolor o por las llamas que a su alrededor siguen consumiendo las ceras. Parece querer decir algo, algo que puede ser la causa de la vibración confusa de sus labios, pero no lo dice. Ella está segura de que esta vez sus ojos podrán hacer que no se vaya y de que no será la tristeza que en ellos asoma lo que lo convenza. Sus ojos, cree Psygi, deberían ser como los de sus ángeles inmóviles, que desearan decir lo mismo por toda la eternidad. Lo cree a pesar de saber que está muy lejos de

ser un ángel, ni siquiera uno que ella pudiera inventar sin el peligro de convertirse en lo que sueña. Lo que ella es en ese momento le tiene un miedo terrible a la pequeñísima distancia que la mantiene alejada de Él, apenas al otro lado de la habitación, y que por momentos es una barrera de silencio. Pues Psygi no ha dicho absolutamente nada; lo único parecido a una voz es el triste estruendo de la tormenta, que tiene ánimos para no dejar nada en pie allá afuera.

De modo que el miedo es húmedo, piensa Él, que sin mirar su reloj en esa habitación sin tiempo sabe que esa sensación de ahogo terminará por lanzarlo de ahí. Psygi, ahora a pocos centímetros, está segura quién sabe por qué razón de que el miedo tiene cara de silencio y por un instante hubiera querido apuntarlo en su diario para no olvidarlo, pero ahora lo único que le importa es tapar como sea la vía de agua que ninguno de los dos sabe cómo ha comenzado a llenar la habitación. Al menos eso es lo que Psygi siente mientras trata de cubrir aquellos breves centímetros con brazadas de desesperación, incapaz de alcanzarlo, diciendo cosas que Él trata de descifrar pero que ya no escucha. Bajo el agua los ojos de Psygi han perdido por completo sus palabras, y el beso que alcanzó a darle en los labios, que quería decir *No te vayas*, fue diluido por el torrente que formó Él al abrir la puerta y salir sin poder evitarlo. Afuera, creyó escuchar Psygi por un instante, la lluvia azotada por el viento sonaba vagamente a carcajada.



- II -

Un continuo golpeteo de martillo sobre el yunque interminable del pavimento es la herencia de sus oídos atormentados. En medio de aquel bombardeo, que Él hubiera deseado de fuego para al menos sucumbir más pronto, la tierra se ve demasiado lejana. Dios está de nuevo jugando a la guerra, se dice Él sin siquiera escucharse, y no es el único que le habla a nadie. A su lado, sobre las aceras llenas de lodo y ahogadas bajo el oleaje causado por los autos en su inútil huída, transcurren innumerables almas perdidas. Se les nota como a Él que entre la oscuridad y el fragor de los relámpagos les han arrancado los ojos, y por eso vagan a la intemperie creyendo que aún ven aunque sea con esas cuencas vacías. Otros, también como Él, se sienten desorbitados y exhaustos. Se han cansado de correr toda la vida sin tener algo palpable que alcanzar y sin nada tangible que los persiga. Él, como esas otras miles de almas, simplemente *está*.

Cuando se *está*, piensa Él sin ánimos de esconderse de la lluvia, uno tiene que dar por hecho, forzosamente, que se *es*. Y una vez aceptado que se *es*, entonces habrá que preocuparse por saber qué diablos es lo que se *es*. Para Él el problema comienza precisamente al llegar a este aparente callejón sin salida, porque nunca ha dejado de pensar que buena parte de lo que se *es*, es gracias a lo que se tiene. Y Él, aparte de esa escasa posesión que a veces cree ejercer sobre Psygi, no tiene nada. Él no posee ni siquiera la humedad que gratuitamente recibe del aguacero que lo acosa. No cree tener, que es peor, un lugar dónde dejar caer el cuerpo y dejarse morir al menos hasta el día siguiente. Él lo que tiene es apenas un agujero que nadie le ha dicho cómo llenar y una casa que sin haber estado jamás en ruinas amenaza con desmoronarse, cimbrada a cada momento por los truenos y ese consistente deseo de Él por ser invisible. Ahora que lo nota, Él de pronto siente que no tiene de dónde asirse. Bien pudiera ser que toda esa agua que lo ahoga está saliendo de él

mismo y esta irrefrenable tormenta que lo tiene al borde del naufragio no ha hecho sino comenzar. Le apena ser la causa de la violencia que se avecina y se niega a responsabilizar a Psygi, a quien desde hace días Él ha convertido en isla y madero de salvación.



Psygi está segura de que el tiempo se murió. Cuando desea recordar el pasado, lo único que tiene claro son los restos de él que han quedado en el presente. Pedazos secos de algo que fue, o que es, no lo sabe bien, pero que ella se esfuerza en mantener respirando como el fuego de las velas de su habitación roja. Psygi cree que como el tiempo ha dejado de dar señales de movimiento, será necesario encontrar pronto sus desechos y enterrarlos cuanto antes. Tal vez por eso, aunque ella no sienta los días pasar, es por lo que sale a las calles brumosas, donde su cabello empapado le cae lacio y vencido sobre la cara y el pecho que Él ha dejado tan solitario; se pregunta si acaso en el rostro de alguno de esos maniqués inmóviles, en el cuerpo de alguna de esas gotas suspendidas en el aire o en el chapoteo ligero de sus cortos pasos, podrá ver al muerto que está buscando. Algo ahí le tiene que explicar por qué esa sensación de ser dueña de algo no es suficiente para tenerlo; tal vez el tiempo muerto sea capaz de hacerle saber por qué una entrega tan completa apenas deba ser respondida con pequeños trozos de nada que se esfuerzan en parecer algo. Está convencida de que así podrá entender eso que ha comenzado a aceptar como destino o que por lo menos saber que es cierto lo que siente la hará lamentarlo menos.

Para Psygi, que deambula por las calles estáticas en busca de cualquier cosa, preferentemente alguna respuesta, eso es una mejor manera de *estar*. Mejor, dice ella, porque en el encierro hasta la tibieza del aire cautivo resulta ser un detonante del recuerdo de tantas noches incompletas y robadas. Mejor, se dice de nuevo en voz alta y convencida de que los

maniqués no la escuchan, porque es más aceptable buscar que simplemente ejercer la espera. Uno busca lo que necesita para *estar*, y quien busca para *estar* tiene claro que *es*. Psygi busca entonces sentir, porque nada le quita de la cabeza que buena parte de lo que se *es*, es gracias a lo que se *siente*. Así, la búsqueda de lo que sin explicación se le ha escapado resulta *ser* infinitamente más llevadera.



Esas cosas que Psygi tiene y que parece un diario fue hace mucho tiempo inundado por algo que bien pudo ser un diluvio de palabras. Dentro de esas páginas podría existir — tal vez sólo estar atrapado— un torrente de calamidades innumbrables a la espera de ser descubiertas para obtener la liberación. Cada palabra solitaria, aunque no lo diga, parece guardar un terremoto. Las pocas veces que Él pudo asomarse al contenido de ese cuaderno lleno de dibujos y letras apretadas lo que descubrió fue a una Psygi a la que un diccionario que la explicara no le vendría nada mal. Había allí, al lado de un rostro mortificado que no lamenta tener los labios cosidos, algunos ángeles que a esas alturas habían perdido sus rasgos faciales y eran como libélulas sin alas habitando ardientes habitaciones, rojas y clausuradas. Psygi se pregunta en alguna de esas páginas por qué la gente se empeña tanto en que los demás no lloren, como si fueran dueños de la tristeza que a veces nos causa lágrimas o como si tuvieran la capacidad de minimizarla. Tal vez por eso, escribe ella, buscamos lugares aislados para llorar, aunque ni en ellos estemos a salvo de almas caritativas que fluyen alrededor, ávidas de brindar ese consuelo que ellas mismas no gozan. Las lágrimas solitarias, se convence a sí misma Psygi en una hoja suelta que podría perderse en cualquier momento, no existen. Las lágrimas son como las lluvias que sólo atraen más y más humedad. Llorar a solas siempre atrae miradas y una serie de acercamientos verbales sumamente predecibles que pretenden hacernos ver lo inútil de las lágrimas vertidas, sea cual fuere su razón, si existe

en cambio al menos un motivo para la sonrisa. Cuando alguien nos pide no llorar, reflexiona Psygi, lo último que busca es aliviar ese dolor que no le pertenece. Si alguien enjuga lágrimas ajenas y recomienda no seguir derramándolas es en gran parte porque teme ser contagiado, conmovido, y sin remedio llorar también de tristeza. Ver que alguien lllore es un buen motivo para erradicar la pena antes de que acabe con nosotros. Por tanto no pido, ordena de forma tajante Psygi con palabras de letras resaltadas, que alguien detenga mis lágrimas ni ponga obstáculo alguno a mis cataclismos. Una vasija de Pandora, una vasija de Psygi, qué más da el nombre, está por encima de todo llena de palabras catastróficas causantes de tempestades, temblores submarinos y olas de furia tan salada como las lágrimas. A esa destrucción prevista ni siquiera Dios podría encontrarle escape, pues quizás haya muerto ahogado hace siglos sin memoria.

¿A dónde irán —escribe Psygi, angustiada— todas esas tristezas robadas por las almas caritativas y consoladoras?



Tal vez no exista ninguna esperanza de que deje de llover. A las tormentas no hay aún método humano que las debilite, piensa Él, quien bajo los relámpagos pide a gritos que se detenga el ensordecedor estruendo del agua sobre las baldosas y el pavimento. A solas en su habitación, convencida de que el cielo llora con sinceridad y en silencio, Psygi ha perdido las ganas de ofrecerle consuelo. Las gotas convertidas en pedazos de hielo retan con obstinación a los cristales, bañadas de fuego por los fulgores cercanos. Su muerte fragmentadora sobre el piso de los balcones conmueve los cimientos de la tierra creando terremotos, y tanto Él como Psygi están conscientes de que este aguacero, esta tromba que a uno hace perder la orientación y a otra la intranquilidad, apenas comienza. Por eso ella se

asoma a la ventana, entreabre las persianas y muestra su rostro deforme a las calles que se encuentran bajo ataque. Allá abajo, es posible que sin saber dónde se encuentra, Él se siente compelido a volver los ojos que le quedan hacia el cielo que se recorta entre las sombras de los edificios y la luz de las ventanas. Sin obtener tregua de la lluvia, los dos saben de pronto que se han encontrado de nuevo. Nada se piden, pues nada *tienen*; algo se saben, pues algo *sienten*. Un rayo cae en el exacto lugar donde Él erraba, pero falla; sus pasos hace segundos que suben apresuradamente las escaleras en busca de esos ojos borrosos que lo encontraron tras un cristal, y sus propios ojos le dicen que no verán a Psygi llorando.



Esta es una de esas noches sin nombre. Nacida de un último estertor que nadie vio por sólo haber existido tras las nubes grises, esta penumbra desvalida y abandonada a su suerte no parece tener otra misión que desmoronarse. Comenzó a hacerlo lentamente en los confines de una lejanía donde no existieron oídos para escucharla ni manos que palparan sus temblores. Acaso nada ni nadie hayan podido tampoco paladear la energía de sus primeras gotas desplomándose. De nadie fueron sus tenues aromas pletóricos de venganza. Privada como fue de sentidos que tuvieran dones de predicción o supieran al menos medirla, esta noche huérfana tiene poco o nada de sensual.

Nada explica entonces qué es lo que enciende de pronto todas las velas de esa habitación ahora naranja, donde la humedad toca a la puerta envuelta en una cierta apariencia humana que Él apenas trata de disimular. Nada en el mundo lo preparó para ver lo que ahora ve. Nada, pues esta noche que afuera retumba con furia sobre los charcos ha sido ahí sometida por una tibieza que a Él le parece sobrenatural. Entre las sombras movedizas tras la velas Él cree ver algunos de los ángeles que Psygi solía describirle y que de

alguna forma siempre había temido imaginar. Habitantes sombríos de las paredes, reclusos, rehenes de las velas que les dan color y forma, estos seres han perdido la capacidad de atemorizar. Para Él su presencia se debe ahora más a una guardia que a una vigilancia, y ellos, un tanto resignados, parecen aceptar esta labor con un silencio que otorga. Paseando sus ojos por la habitación, aún atónito ante la ausencia del ruido de la calle, Él de pronto se encuentra con la piel ígnea de Psygi. Está seguro que ante tal visión no hacen falta las palabras, y de todos modos no se siente capaz ni de escuchar ni de articularlas. Psygi, sin embargo, parece estar murmurando algo que se confunde con el silencio. La ropa comienza a caérsele lentamente y la luz la incendia en contubernio con la tormenta, dejándolo sin respiración. Siente unas ganas inmensas de levantar la manga empapada de su brazo izquierdo y mirar el reloj temiendo por costumbre que esta noche innombrable tampoco sea eterna, pero en vez de eso, cediendo a la tentación, lo que hace es levantar la manga empapada de su brazo izquierdo para quitarse la gabardina y algo que, de tan húmeda y pegada al cuerpo, apenas consigue ser una camisa.

Hay algo en el cuerpo desnudo de Psygi que sabe que la fe no es más que una forma aceptable de ambición. Hincada sobre la cama, con los muslos ligeramente abiertos y los brazos levantados para soltarse el cabello flamígero, los movimientos de su piel parecen no querer detenerse sino hasta evaporar cada una de las gotas restantes de aquella lluvia traidora sobre el cuerpo de Él. Bajo esa luz que duda Psygi se siente poderosa y llena de fuerzas; segura además de no necesitar protección durante la batalla que se acerca, ella de pronto ha decidido que la noche quede viuda de sus ángeles, quienes mirándose entre sí aprovechan esos aires de decepción para salir volando por una estrecha vía abierta en la ventana. Psygi se sabe ambiciosa porque tiene fe, o bien, se siente llena de fe por ambicionar tanto.

A Él no le sirve de nada no reconocer del todo a Psygi. En su confusión, lo primero que se le ocurre pensar es que es Él quien ha cambiado. Tal vez el haberme vuelto anfibio

recorriendo los cauces de las calles me nubla la vista, imagina Él, o pudiera ser que no son ojos ya los que tengo, sino sólo agujeros llenos de luz roja. Otra posibilidad que se le ocurre tiene que ver con esa sensación extraña que uno siente al repetir una y otra vez una misma palabra, hasta que en cierto momento ésta no sólo deja de ser reconocible, sino que incluso deja de existir. Él, en este momento de lucidez nebulosa, se pregunta con miedo si eso mismo les sucede a los rostros humanos y lamenta la sola posibilidad de que eso le arrebatase aquella hermosa versión volcánica de Psygi.

Si al menos supiera de qué trata el conjuro de fuego que brota de esos labios, si al menos tuviera la curiosidad de verse a sí mismo en medio de aquel incendio, tal vez sería capaz de notar que hace horas su cuerpo y el de Psygi se mezclaron como líquidos en ebullición, de manera que lo único reconocible de ellos sobre la alfombra, sobre el sillón, sobre las sábanas, es un ardoroso resplandor que al derramarse por la ventana convierte al edificio en un faro para las almas perdidas en la noche de la ciudad. Una luz, quizás, que anuncia el fin del mundo. Cómo darle nombre a una conflagración que con violencia lo incinera todo. Cómo bautizar al último de los instantes de un mundo sin perder la esperanza de que alguien, después, sea capaz de repetir su nombre.



De las cosas que uno dice, de las cosas que uno en su locura puede hacer, ninguna pretende ser tan lapidaria como decir *nunca*. En realidad cuando uno dice esa palabra no mide en absoluto sus implicaciones, y por más eterno que parezca ser su significado, en general se puede pensar que es sólo eso, una palabra inofensiva cuyos resultados pueden revertirse.

De entrada, cuando uno dice *nunca* es seguro que tiene en mente un chantaje. Lo definitivo de la palabra y las situaciones en que suele salir de nuestras bocas parecen estar diseñados para que quien la escuche trate de inmediato de contrarrestarlos, de manera que aquello que debía terminarse tras ser condenado al *nunca* dure un poco más, apropiándose de algo de esa ajena eternidad condenatoria. El *nunca* presagia el final de algo pero rara vez lo termina efectivamente. Existe una buena posibilidad de que quien dice *nunca* quiera en verdad decir exactamente lo contrario, o que al menos una parte muy íntima de sí mismo desee oponerse abiertamente a su voluntad. En pocas palabras, para quien recibe en su cara un *nunca* parece existir siempre una esperanza. Un *nunca* puede presentarse como resultado de la desesperación o el hartazgo; puede, incluso, representar una pérdida de la conciencia (qué bueno sería poder echarle siempre la culpa de un *nunca* a la inconsciencia).

Por otro lado, quien escucha el *nunca* tiene la ventaja de no estar muerto, por lo que es probable que aún pueda escuchar otras cosas menos tajantes o inflexibles. Un *nunca*, además de ser una palabra pocas veces bien recibida, abre una puerta al ruego, a la explicación, al ánimo de reenfocar un diálogo aparentemente perdido.

Tiene por tanto que existir alguna salida, piensa Él, quien tras ese ridículo monólogo sigue sentado completamente solo en la escalera del edificio, con el cuerpo prácticamente convertido en un ovillo, una especie de nudo humano que, con la cara hundida entre las rodillas y las manos sosteniéndole las sienes, no para de temblar. Es posible que no se dé cuenta que han pasado muchas horas y que esa luz que se cuelga bajo la puerta de Psygi es la de una bien entrada mañana. Revolviéndose los cabellos, de manera que el ruido de sus uñas le hace saber que está despierto, lo poco que puede recordar termina con el estruendo de una puerta azotándose a su espalda, inmediatamente después de haber consultado con inconsciencia su reloj; el ruido o el aire sacudido de ese momento, no lo recuerda bien, tuvieron el mismo poder con el que afuera enfurecían la lluvia, la tormenta de luz y aquello

por lo que siempre se sentía observado. En ese momento también, de eso sí estaba seguro, el trueno tuvo una voz idéntica a la de Psygi y hablaba con una fuerza que Él no había sospechado hasta entonces. Qué importa todo eso que ella le dijo, pues no había sido más que un envoltorio; el estallido de la última palabra de Psygi fue, sin duda, el de un fulminante *Nunca*.



- III -

La simpleza humilde de los atardeceres suele conducir a grandes descubrimientos. Él, por ejemplo, que ahora se la pasa mirando el cielo calmo y apenas poblado de nubes, tiene claro que el *sol* que ve y sufre no es otro que el de la *soledad*. Vaya paradoja, piensa Él, que sea precisamente el sol, que seca y desertifica todo, lo que ahora lo *atormenta*. ¿Es que acaso alguien temió alguna vez la posibilidad de enfrentar una tormenta de sol? Él, que entre los escombros secos de una inundación no encuentra dónde posar la poca cabeza que le queda, se siente incapaz de responderse esa pregunta.



Psygi vuela hacia algún otro lugar con alas que no son las suyas, ni las de ninguno de sus ángeles custodios. Mientras tanto a Él le da por pensar a profundidad cualquier cosa que le pase por la cabeza, siempre y cuando le traiga algún tipo de consuelo. A su alrededor no queda nada más que fragmentos de algo que fue; por lo menos eso es lo que sus ojos le hacen ver, aunque Él no está muy seguro de si lo que ve se debe a la pasada borrasca o a que no se ha tallado los ojos suficientemente para lograr reenfoarlos y sacarles esos pedazos de realidad que los mantienen engañados. A su lado, enormes charcos comienzan a trazar su camino hacia los cielos, azotados sin tregua por un sol que cualquiera supondría nuevo a pesar de haber estado millones de décadas en donde está. Él, piensa, se sentía más seguro bajo el aguacero y tiene claro que ningún sonido de arroyos corriendo entre las ruinas de las calles podrían igualarlo. No llueve, no se precipitan las nubes en torrente, porque Psygi no puede provocarlo. Todo yace alrededor destruido no porque Psygi así lo quiera, sino porque Psygi ha dejado de *estar*. Puede que hayan pasado siglos sin que nadie tras la puerta escuche que Él toca. El sonido se pierde en algún lugar del interior, cree Él, y tarde o temprano

tendrá que ser escuchado. Para eso es para lo que cada atardecer, cada llegada de la noche, Él sube las escaleras del edificio tras sortear los desechos del mundo, que le parecen esparcidos por un cristalino cuerpo aborrecible y por alguien más, que tal vez sin saber, le ayuda con una desapegada inocencia parecida a la lectura solitaria.



Las más grandes promesas se hacen con los ojos y sin querer. Por eso Psygi ha escogido un lugar del mundo en el que, por desconocida, pueda parecer invisible. Cuando uno desaparece, piensa ella, no hay manera de que nadie le prometa nada, y cuando todo alrededor resulta ajeno no existe forma de esperar el cumplimiento de ninguna cosa prometida. Frente a sus ojos se tiende un mar inmenso que lame con parsimonia los restos de un arcaico puerto de piedra carcomida. Mirar el mar, se dice Psygi con uno de esos susurros que parecen plegarias, no es prometerle nada; además, está convencida de que no le quedan ya más promesas por hacer. Rodeada también de ruinas, de pedazos de columnas desperdigadas por antiguas tormentas y batallas, Psygi considera que es un buen lugar para descansar y no seguir siendo mirada. El cielo limpísimo asegura que tampoco habrá que esperar a la lluvia, a la cual por el momento sólo se le puede reconocer como una antigua parte del mar.

Puede que el mar tenga también ojos, aunque todos sean prestados. En la profundidad de ese azul de plomo, tan diferente a otros mares de lágrimas que alguna vez conoció, Psygi se convence de que hay alguna cosa alcanzable. ¿Será acaso otra promesa lo que existe allá abajo? Se dice, poniéndose de pie sobre el vetusto embaldosado del puerto, pero nada entre las rocas parece poderle responder. Psygi decide que ese crepúsculo que la envuelve con su brisa fresca es un buen momento para olvidar promesas y dejar de hacérselas a sí misma. Piensa sin pensar realmente mientras se asoma, encorvada, para tratar de ver qué

hay entre esas piedras afiladas y las aguas; sueña tal vez con una postrera entrega, justo como la de la visión que ahora tiene, en la cual el sol se hunde lentamente en las aguas que le servirán de sábanas y cobijo. Puede que una noche eterna tampoco sea una promesa, se dice en voz alta Psygi, cuando ya su ropa ha caído por completo y cree que sólo su piel encendida la escucha. Ella fue alguna vez sorda, lo recuerda bien, y ahora que nadie la sabe, ahora que no hay quien pueda atestiguar su salto y su grito de liberación, será tan muda como ciega en el lugar que agitado la espera.

Abrazados por el mar oscuro, los ojos de Psygi finalmente comprenden que nadie jamás sabrá que lloraron.



A Él lo atrae en las calles vaporosas casi cualquier cosa parecida a un murmullo. Con cada vez más silencios envolviéndolo, se mueve por los mismos lugares, encima de las mismas calles y transportes, pero no acaba de encontrarse. Algo de injusto hay en esto que sucede, medita Él haciendo una mueca que más bien parece de desconsuelo, pues sabe que esa injusticia que tanto ha mimado le viene bien sólo a Él. Qué es de todos modos la justicia, se dice, sino una débil aspiración. Existe una justicia inventada y a veces con suerte digna de consenso, pero no les sirve a todos de la misma forma, porque eso implicaría una vida carente de conflicto y, por más increíble que parezca, también lamentable. No, la justicia no existe. Lo justo, piensa Él, sería poder explicarse, tener una oportunidad de reivindicación, entregar finalmente todas esas cartas escritas a nadie; lo justo, por otro lado, sería respetar este silencio impuesto, esta disolución y esta ausencia causada quizás por un comprensible deseo de sobrevivir. Extraño mundo este, tan lleno de justicias que no se hablan entre sí, que se anulan mutuamente sin que haya un árbitro capaz de nivelar los desacuerdos; un mundo

injusto en el que hasta el juez peca al pasar por encima de alguien o de su justicia, para mitigar aunque sea un poco el dolor.



Una ciudad reseca y vociferante no sirve más que para ahogar a alguien, dice Él mientras recorre los ondulantes caminos de piedra hoy invadidos por telarañas marchitas y despobladas, casi como sus ojos. La tierra abatida se levanta paso con paso entre el crujir de los matorrales que se desmoronan con el más leve de los roces. Aunque el cielo sigue acariciado por insensibles edificios, nada ofrece a cambio que no sea su azul profundamente claro y en completo abandono. A un lado del camino corren arroyos negros de hormigas que talan todo a su paso. Se diría, piensa Él, que estas son las calles de un mundo devastado e hipócrita por las que la vida pareciera moverse, o intentara moverse, como a través de las venas tiesas de un muerto. Afuera de este oasis extinto el mundo sigue con emoción la aventura de estar absorto en sí mismo. Se trata de una epopeya de la ignorancia, afirma Él, pues resulta conveniente sólo verse y saberse para no tener que ver o saber de nadie más; procrear una supuesta sensación de movimiento que desvirtúe el de otros cuerpos, el de otros pensamientos a los que más les valdría estar desaparecidos o ausentes. Las almas que habitan esta utopía apenas tienen tiempo para dormir, soñar y experimentarse, y es de notar que cuando toman un camino que las aleja, lo primero que aprenden a no extrañar es su memoria. Para qué la querrían, si el recuerdo ahoga, si es sólo un ancla inútil en un mundo seco cuyo lento y lastimoso arrastrarse dificulta el poner tierra de por medio. Hay que olvidarse, pues, de la memoria, concluye Él, rogándole a todos esos dioses que ha matado tener una pizca de razón. Ahora que lo piensa, la razón y la ignorancia

resultan ser a veces el único consuelo, la única forma de llenar espacios vacíos. Aunque ambas también puedan equivocarse.



Para Él ya es demasiado tarde cerrar los ojos. Lo hacía sólo cuando no se sentía capaz de contener la admiración hacia eso que tanto miraba, cuando sus ojos repletos dejaban el paso franco a cualquiera de sus otros sentidos, igual de impresionables, hacia tan serenas sensaciones. Entonces pretendía dormir, pero sin tener nunca la seguridad de estar soñando, porque lo que soñaba era idéntico a lo que veía y sentía, incluso cuando no estaba dormido. Cuando uno no es capaz de distinguir el sueño de lo soñado, sueña Él con los ojos bien abiertos, resulta válido mirar el reloj, atisbar la realidad y salir huyendo. Mirar es sólo mirar y cuando mucho admirar, se repite Él sin sospechar cuánto había prometido durante las eternas horas de contemplación que pasó preso de un susurro proveedor de ángeles antes de cada noche abandonarlo, incrédulo. ¿Qué era lo que escondían esas noches sin usar donde las miradas, finalmente enceguecidas, no eran ya necesarias? *¿Es que alguien, alguna vez, lamentó ser demasiado feliz?*



Eso que observa como asomado a la ventana, murmura Él con los dientes apretados y la mirada sesgada, sintiéndose vigilado por algo o alguien que pareciera comenzar la lectura de un capítulo que a nadie debía importarle y palpa una angustia ajena con el conocimiento de que podrá dejar de hacerlo cuando le plazca. Pero eso que parece perseguirlo sigue ahí incluso cuando en medio de una mal contenida desesperación Él se

levanta y pega las palmas de sus manos sobre el cristal para no encontrar nada en ninguno de sus idénticos lados. Lo que ve en cambio, lo que huele y escucha en el cielo lejano, es la inesperada llegada de nubes grises que se acercan como un augurio. Desearía que en realidad se estuvieran alejando, pues aún no se desvanecen en las calles, así lo cree Él, los daños de la tormenta temible de hace tantos meses. Sin duda es otra de sus nubladas equivocaciones.



Psygi yace en un cementerio lejano al que la han traído de vuelta otras alas ajenas. Ahí se le puede ver, recostada sobre el pasto, amada sin cansancio por la eterna lluvia que no ha dejado de caer sobre una ciudad que hace lo imposible por no notarla. En una de las tumbas a su lado Psygi enterró sus propias alas y eso que tanto se había parecido a un diario. Las demás lápidas a su alrededor cubren los cuerpos de sus ángeles, a los que por fin decidió darles un descanso. Entre esas piedras han comenzado a brotar pequeñas flores, o al menos eso es lo que Psygi quisiera ver; raquílicas pero promisorias flores que, sin ojos ni aspiraciones de eternidad, le dieran un entorno tan vivo como ella a sus valerosos muertos. Psygi se levanta y camina con el viento meciéndole el cabello, que no se atreve por completo a taparle la cara. Las finas gotas a su alrededor no saben cesar su caída, que se antoja implacable. En la lejanía, que está a sólo unos cuantos pasos, se encuentra la ciudad empapada y ensombrecida. Miles de rostros vacíos siguen recorriéndola sin cansarse o sin más remedio; otros más la miran desesperanzados desde esas ventanas que la lluvia toca pero no volverá a atravesar. Por alguna razón, ni a Él ni a nadie ha vuelto a parecerles una amenaza aquella lluvia acariciante. Psygi la cruza y reconoce entre las ráfagas sus parques, sus calles y sus miradas; camina sobre los charcos haciendo su propio ruido, sus propios cataclismos. Algo o alguien la observa, tal vez preso de algún cristal empañado, tal vez sólo leído por alguien en las páginas de un libro que se termina. Psygi reconoce ese lugar ruinoso

y levanta la cabeza lentamente hacia la luz en la ventana de una de las casas. Él la ve y cree mirarla; ella lo mira y sabe que la enorme distancia no le dejará prometerle nada. Tras un breve relámpago sin trueno que los ciega a ambos, Psygi baja la vista y sigue sus pasos libre y con una nueva cara. Al frente, bien lo sabe, le esperan aún incontables nuevas tempestades.



En Coyoacán, junio de 2005

Eres libre de:



copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:



Atribución. Debes reconocer la autoría de la obra en los términos especificados por el propio autor o licenciante.



No comercial. No puedes utilizar esta obra para fines comerciales.



No Derivadas. No está permitido que alteres, transformes o generes una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.